



Misa de la Inmaculada. Rito de Admisión a Órdenes

S. I. Catedral de Orihuela, 8 de diciembre 2020

“Inmaculada es tanto como decir fulgor de aurora. Preservada inmune de la contaminación original, María fue llena de gracia desde el primer instante de su concepción. Ya desde el seno materno, el alma de María estuvo penetrada de la luz divina; tras la noche de largos siglos transcurridos desde la culpa de los progenitores, se alza esta estrella matutina, límpida y pura, y transparente e inviolada, mientras que el cielo apunta la promesa del inminente día”. Con estas palabras se expresó S. Juan XXIII, acerca del misterio de la Concepción Inmaculada de María, que hoy celebramos. (Discurso del 7 de diciembre de 1959).

María, la Virgen Inmaculada, no es un ser sobrehumano, es la elegida para ser morada del Verbo, ha sido preservada del pecado original «en previsión de los méritos de Cristo Redentor» -como reza la definición del dogma- en razón de su propia vocación. Por María llega a cumplirse en el plan del que nos ha predestinado “a ser sus hijos”. Se trata de una expresión paulina, que recoge una buena noticia expuesta en la Segunda Lectura que hemos escuchado (Ef. 1, 3-6. 11-12): la vida del hombre no ha sido abandonada a su suerte, ni está destinada a la nada; tiene sentido: es vida de comunión con Dios, vida de plena libertad, en el amor, en la alabanza, en la gloria. Con María comienza una nueva página en la historia de la humanidad, el cumplimiento de esta buena noticia, el cumplimiento de las promesas. Así es contemplada y venerada de modo singular por la comunidad eclesial en el tiempo de Adviento.

Pero fijemos brevemente nuestra atención en el hermosísimo Evangelio de esta Solemnidad de la Inmaculada, que es, sin duda, una de las páginas más hermosas de la Sagrada Escritura.

Una página en la que se contienen palabras verdaderamente iluminadoras del acontecimiento que narran, y también iluminadores de nuestra realidad. Así la primera palabra: “alégrate”. Que es propiamente la primera palabra que resuena en el Nuevo testamento; porque con este

diálogo, que el ángel Gabriel entabla con María, comienza realmente el Nuevo Testamento. Y, así, esa primera palabra es una invitación a la alegría. Dios no está lejos de nosotros, Dios está cerca de nosotros, tan cerca que se hace niño, y podemos tratar de “tú” a este Dios.

Para nuestro mundo, herido por las circunstancias dramáticas que hoy le afectan, por la pandemia sanitaria y por otras pandemias no menos destructoras, escuchar, creer y fiarse de esta invitación tiene especial importancia. Las palabras: “Alégrate, porque Dios está contigo, está con nosotros”, son palabras que abren de hecho un tiempo nuevo. Hermanos, con un acto de fe debemos acoger de nuevo y comprender en lo más profundo de nuestro ser esta palabra liberadora: “Alégrate”. Alegrarse y dar de esa alegría, de esa esperanza, en estos tiempos, es la hermosa tarea de este Adviento 2020.

Otras palabras dignas de ser destacadas, también para estos momentos, igualmente las dice el Ángel: “No temas María”. En realidad, había motivo para temer, además de tantas circunstancias: José, sus parientes, las habladurías del pueblo...; ser la madre del Hijo de Dios eran palabras mayores, un peso muy superior a su mente y a sus fuerzas, a las de cualquier ser humano. Pero el ángel le dice: “No temas. Si, tú llevas a Dios, pero Dios te lleva a ti. No temas”.

Estas palabras: seguro que penetraron en el corazón de María. En distintos momentos las recordaría y volvería a acogerlas. Cuando Simeón le dice: “Este hijo tuyo será un signo de contradicción y una espada te traspasará el corazón”...vuelve a escuchar su eco en su interior: “No temas, Dios te lleva”.

Después, durante la vida pública surgen contradicciones en torno a Jesús, y muchos dicen: “Está loco”; y ella vuelve a escuchar: “No temas” y sigue adelante. Finalmente, en el encuentro camino del Calvario, y luego al pie de la Cruz, cuando parece que todo ha acabado, ella escucha una vez más la voz del ángel: “No temas”. Y así, con entereza, está al lado de su Hijo moribundo y, sostenida por la fe, va hacia la Resurrección, hacia Pentecostés, hacia la fundación de la nueva familia de la Iglesia.

No temas. María nos dice esta palabra también a nosotros, especialmente en estos momentos. Nuestro mundo está profundamente afectado por los miedos; la pandemia –aunque la cosa viene de atrás- sobremanera los ha

destapado. Un mundo que había desarrollado fuertes sistemas de seguros. Pero estos meses, ante lo desconocido, ante el sufrimiento sin remedio a mano, en el momento de la última soledad, de la muerte, no ha habido seguro que pudiera proteger. El único seguro válido en estos momentos es el que nos viene del Señor, que nos dice también a nosotros: “No temas, yo estoy siempre contigo”. Podemos caer, pero al final caemos en las manos de Dios, y las manos de Dios son buenas manos.

Por último quiero destacar la palabra, la respuesta de María al final del diálogo con el Ángel: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. El relato de S. Lucas manifiesta que María no fue un instrumento inanimado en las manos de Dios, ella fue interlocutora atenta, libre y disponible por propia voluntad. María dice “sí” y libremente inserta su existencia en la voluntad de Dios, y así abre la puerta del mundo a Dios. Adán y Eva con su “no” a la voluntad de Dios habían cerrado la puerta.

María nos invita a decir, también a nosotros, ese “sí”, que a veces resulta difícil. Sentimos la tentación de preferir nuestra voluntad, nuestra comodidad, pero ella nos dice: “¡Sé valiente!, di también tú: “Hágase tu voluntad”.

Estas palabras deben ser especialmente acogidas por quienes vais a ser los protagonistas del “Rito para la admisión de candidatos al Orden Sagrado”. Un rito en el que os voy a preguntar sobre vuestra voluntad de completar la debida preparación para el Orden Sagrado, y vuestra voluntad de formaros en el espíritu que se requiere para el servicio que conlleva. Simplemente os pido que la respuesta “Si, quiero”, que recuerda la de María en la Anunciación, sea sincera, confiada, pura como la de Ella.

Igualmente, que la oración de bendición en la que pedimos al Señor que perseverareis en vuestra “vocación” os haga recordar que es un don la perseverancia, al igual que la unión “con sincero amor a Cristo sacerdote”, para recibir “la función apostólica”.

Un “sí”, pues, el vuestro que importa cuidar cada día, suplicar como gracia del Señor, cada día. Pero, como escuchó María, “no temáis”. Es el Señor el que os ha conducido hasta aquí, el que os llama, os ama y os sostiene. Desterrad el miedo, confiad en el Señor; Él completará la obra que ha iniciado en vosotros. Apoyaos en su amor, y en el amor y la oración por vosotros de su Iglesia.

Recordad que decís “sí”, justo este día, día de la Inmaculada, uniendo vuestro “sí” al de María. Ella como madre no os dejará nunca, os acompañará siempre. Lo más parecido a esto es el amor de vuestros padres que os quieren y acompañan; y a quienes doy mi más sinceras gracias, al igual que a vuestros formadores, y personas que Dios ha puesto en vuestras vidas ayudando a que estéis aquí, dando un paso de valientes, de jóvenes creyentes que quieren preparar su vida para, en un mundo lleno de dolor y de miedos como el nuestro, traer a Jesús, como María, y así encender su luz, su alegría y esperanza. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante